

LA POESÍA EN CASTELLANO Y LA LITERATURA DE PIEDAD (SIGLOS XVI-XVII)

Vicenç Beltran

Accademia Nazionale dei Lincei / Institut d'Estudis Catalans

vicent.beltran@ub.edu

<https://orcid.org/0000-0002-6598-7972>

Son muchos los campos de la literatura castellana donde cabe seguir las imágenes del ciervo en sus diversas tradiciones; de todos ellos hemos escogido estos dos, la poesía lírica y la literatura religiosa, por la importancia que tuvieron en la sociedad y en la conciencia cultural de estos siglos: en ambas confluye la Biblia, especialmente los *Salmos*, aunque las interferencias con otras tradiciones son continuas. En este capítulo trataré de dar una sucinta información de las vías de penetración de estos motivos y de sus resultados; la orientación de la literatura de piedad hace que sus contactos sean más estrechos de lo que a primera vista pudiera parecer pues los autores se inspiraban siempre en unas mismas fuentes.

Digamos para empezar que los escritores de estos siglos partían de varias experiencias de orígenes distintos, pero confluyentes en gran parte de su producción: su conocimiento directo de los ciervos, especialmente a través de la caza, la presencia de restos de ciervo en las prácticas mágicas y médicas, la transmisión de los saberes antiguos mediante enciclopedias y glosarios y la tradición literaria en sentido estricto, que partía fundamentalmente de la literatura antigua y medieval, con especial importancia, para este capítulo, de la primera. Naturalmente es este aspecto el que más atractivo resulta, aunque no sería comprensible sin la presencia de los anteriores a los que dedicaré solo el espacio indispensable; los misterios de los simbólicos ciervos medievales y antiguos (los mediadores de las hadas amantes, los frecuentadores de las fuentes donde lavan las doncellas), con raras excepciones, quedaron relegados a la hagiografía y a la novela caballeresca. Las dimensiones impuestas

a este artículo impedirán multiplicar las referencias, por lo que las reduciré a lo esencial sin dejar de aludir sucintamente a las que puedan resultar más atractivas.

En los tratados de medicina, veterinaria, cosmética y magia es frecuente encontrar entre los ingredientes el hueso de ciervo (generalmente, rallado), el hueso del corazón, útil contra el veneno y la pestilencia (cuya real naturaleza despertó la curiosidad de los naturalistas) pero incluido a veces entre los *remedia amoris* (Rojas 2000: 61), y el cuerno, a veces también rallado (Fradejas Rueda 1985: 99) y a veces quemado como defensa contra las serpientes; incluso como blanqueador de los dientes¹. Juan de Mena añadía la «medula de ciervo que tanto envegesçe / que traga culebra por rejuvenir»², hibridando lecturas de médicos, magos y bestiarios. El tema es vasto pero poco productivo para nuestro objetivo, por lo que lo cerraré con esta larga cita de un tratadista:

el hueso que dentro de su coraçon se halla es una mediçina muy cordial y que aprouecha contra qualquier veneno y contra la pestilençia; el cuerno sirue para infinitas enfermedades y con su sahumero se expelen y hauyentan qualesquier serpientes. Demas desto, tiene uirtud el çieruo en la sangre, en el genital, en el tuetano o medula, que es la mejor y mas prouechossa de quantas se conosçen y estan en husso de mediçina, y tambien tienen uirtud los cornezuelos y quajo de los enodios³.

Volviendo la vista al otro extremo de la memoria colectiva, no hemos de olvidar que la aristocracia era esencialmente ociosa y que uno de sus entretenimientos favoritos era precisamente la caza; en la época que nos interesa, la del ciervo parece haber recibido preferencia especial⁴: basta recordar la dedicatoria de la *Égloga I* de Garcilaso de la Vega: «agora, de cuidados enojosos /

¹«El cuervo saca las culebras con el aliento [...] y los polvos de sus cuernos fortifican y hacen blancos los dientes» (Vega Carpio 1980: 345).

²Mena (1995: 226, copla 1925). En el *Manual de mugeres* (Martínez Crespo 1995: 63) se incluyen los «tuétanos de çieruo» entre los ingredientes para el jabón amizclado.

³Almazán/Zarco Cuevas (1935: 29). De la estrecha relación entre la versión de este manuscrito y los *Diálogos de montería* hoy atribuidos a Luis Barahona de Soto se han ocupado Almazán y Zarco Cuevas (1935: xxvii-lxix) y con más precisión Lara Garrido (1982a: 140-142). Aunque no están claras las relaciones entre las dos versiones, esta y la que publicó Uhagón (1890), hoy se acepta su autoría.

⁴En este sentido se observa un giro radical respecto a la época de Alfonso XI, en que se consideraba una variante sin mérito de la caza mayor: véase la aportación de Kurtz Schaefer. Véase don Juan Manuel: «díxol un día que él quería yr a la caça de los çieruos et que leuaría vna partida de aquella yerua que ponen en las saetas con que matan los çieruos...» (1981-1983: vol. 2, 221, § xxvii, 69,71). De hecho, en sus *Diálogos de la montería*, L. Barahona de Soto (Uhagón 1890) dedica a la caza del ciervo los libros 3 a 7 de un total de 15.

y de negocios libre, por ventura / andes a caza, el monte fatigando / en ardiende ginete, que apresura / el curso tras los ciervos temerosos...»⁵. Con mayor precisión lo expuso Lope de Vega: «Eran en mis tiernos años mis virtuosos ejercicios correr los montes con la aguda jabalina tras los ligeros ciervos, desquijarar leones con las manos, luchar a brazo partido con los osos, poner trampas y asechanzas a los astutos lobos [...] y cosas semejantes a éstas, en que los gallardos mancebos suelen emplear la primera sangre desde los diez y siete hasta los veinte y dos años» (Vega Carpio 1980: 223); en algunos puntos no resulta un testimonio veraz, pues mal se explica dónde pudo aplicarse a «desquijarar leones», pero la relevancia dada a los ciervos coincide con otros múltiples testimonios. Por otra parte, a pesar de que cazar un ciervo era infinitamente menos peligroso que un oso o un jabalí, en la producción literaria (y parece que también en la realidad) es esta la caza por antonomasia; la valoración social de una actividad y, aún más, su literaturización, no dependen solo de la realidad cotidiana (a veces viven de espaldas a ella): los libros de caza no se ocupan de los lobos, víctimas de una guerra de exterminio hasta épocas recientes⁶; la literaturización de los ciervos, a pesar del papel que les correspondió en los usos sociales, partió de esta experiencia pero se puso al servicio de otras motivaciones de origen libresco.



Fig. 1: Caza del ciervo, sarcófago romano, museo Centrale Montemartini de Roma.

⁵ Lasso de la Vega (1995: 121, *Égloga I*, vv. 15-19); véase también Lasso de la Vega (1995: 217, *Égloga II*, vv. 1731-1733) y Tassis y Peralta, Conde de Villamediana (1990: 622): «del ciervo sigue el curso arrebatado, / cansada de emular corriendo al viento».

⁶ Debido, seguramente, a que se trataba de un animal cuya caza, para evitar los daños en campos y ganados, era recompensada por las autoridades, de ahí que resultara ocupación digna de las clases bajas como pone de relieve Rosas (2009 y 2014); por la riqueza de información, véase también un testimonio del siglo XIX, Adriani *et al.* (2014). Agradezco a Manuel Rosas la información sobre este punto. Nótese que entre los testimonios recogidos solo Lope se ocupa de la caza del lobo.

El conocimiento de los hábitos de los cérvidos por los productores y consumidores de literatura cortesana explica su aplicación, desde muy antiguo, para la expresión metafórica de las acciones humanas: los ejemplos se multiplican desde las *Coplas de Yosef* («livianos como çiervos de montaña», Girón-Negrón y Minervini, 2006: copla 156c) hasta el romance «Caballeros de Moclín» («corre más que un gamo / y salta más que una cierva», Higashi, Garvin y Martos 2021: 485, nº 72, vv. 27-28) o el morisco «Bajaba el gallardo Hamete» («Todos le acometen juntos, / Como canes a la cierva...»)⁷. Resulta muy curioso un pasaje del Tostado pues parece una aplicación metafórica altamente atípica en la tradición poética romance: «si los ciervos, que son temerosos, sospechan que otro les quiere levar su compañera, farán entre sí guerras, darán bramidos, que son señales del concebido furor»⁸; los cazadores conocían bien su agresividad, aunque los poetas parecen ignorarla⁹; naturalmente el conocimiento del animal entre las clases dirigentes facilitaba la metaforización y aplicación a las relaciones amorosas del carácter de un animal de costumbres bien conocidas; considero conveniente algunas ejemplificaciones, que podrían multiplicarse al infinito.

Centrándonos en la creación metafórica de los poetas, se usan los ciervos para ejemplificar la ligereza o la agilidad («mayores saltos dava que çiervo nin león», Cañas, ed. 1988: 381, v. 1402b), el temor, la timidez y retraimiento de los amantes («tan ligero / cual parte el ciervo del lebrél huyendo, / o la saeta del corvado acero»¹⁰) y de las almas temerosas de Dios («a todos estos... proveyó el Criador de temor... porque éste los hace andar solícitos, huyendo de los lugares peligrosos y buscando los seguros, como hacen los ciervos y gamos»)¹¹, la atención constante a la amada («Del ciervo oymos dezir, [...]

⁷ Publicado en los *Romances varios de diversos autores* (Madrid, 1655) cito según Durán (1851: 119a, nº 228, vol. 1).

⁸ Fernández de Madrigal (1995: 277), que no he podido consultar sino a través de *CORDE*, lo mismo que su cita literal en Lucena (1954: 57). Nótese que el verbo ‘bramar’, que hoy se aplica normalmente al león o, en todo caso, a animales de gran porte como toros y vacas, tenía entonces mayor extensión de uso, véase la nota 17.

⁹ Barahona de Soto, *Diálogos de la montería*, advierte de la agresividad del ciervo pues el «macho principalmente suele matar á coces y con los cuernos al montero» (Uhagón 1890: 74); el hecho de haber sido desestimado por los poetas revela a las claras cuáles eran sus fuentes de inspiración.

¹⁰ Barahona de Soto (1981: 165, canto segundo, est. 62, pero véase también 458, canto décimo, est. 14); Lara Garrido (1982b) analizó los contactos entre este poema y el tratado de ceterería atribuido al mismo autor, de ahí que coincidan a menudo (para este aspecto, véase además Uhagón 1890: 66). El tema resulta frecuentísimo, véase también Eslava (1986: 89), Vega Carpio («una tropa de soldados / Más temerosa que cobardes ciervos», 2007: 519, canto X, est. III, v. 5398), Luis de Góngora y Argote («Sobre unas altas rocas»: «lo que al latido hace, / de los canes, la cierva? / ¡Oh, cómo se lamenta!» 1998: 60, nº 46, vv. 25-28) y Pedro de Espinosa («Tú que huellas el oro de las márgenes», 1975: 15, nº 205, vv. 28-30). El tópico pasa a todos los géneros literarios, véase por ejemplo Antonio Mira de Amescua (1972: 20 y 43).

¹¹ Luis de Granada (1989: 310, cap. XVI). Semejante idea expone Lupercio Leonardo de Argensola

que las orejas alçadas / es ligero para oír / y sordo desque abaxadas»¹²), la entrega al amor («Aquel amor con que viene / la triste cierva engañada / bramando / donde el balletero tiene / su muerte muy concertada»¹³), los temores de los enamorados («la cercada cierva / huye, y do quiera que huye, / nuevos miedos la rodean»¹⁴ y «vieron un ciervo assomare. / De sed venía fatigado, /al agua se iba a lanzare»¹⁵) y sus heridas («La cierva ligeríssima bramaua, / en el pecho la flecha ponçoñosa»¹⁶), la acusación contra la frialdad de la amada («Como el ventor que sigue al ciervo herido, / su sangre y sus pisadas rastreando, / y anda tras él, acá y allá ladrando, / hasta velle en el suelo ya tendido; / assí, señora, vos m'havéys seguido», Juan Boscán, «Como el ventor...», 1999: 200, n° 92), los recursos del cortejo («muestra el ciervo en bramar fiereza tanta, / mas a la cierva es dulce y la enamora»¹⁷), los sufrimientos del amor («llevo las heridas en el pecho, / como al ligero ciervo le sucede / cuando, herido, corre largo trecho», Juan Rufo, *Carta en tercetos a una dama*, «Aquel que te ofrecí, Filena mía», 1972: 319, vv. 45-48) o este eco garcilasiano de Quevedo: «como la cierva / que, por la herida, sangre y vida pierde, / busco el remedio por el campo verde» (Quevedo y Villegas 1969: vol 1, 562, n° 397, vv. 3-5), donde las costumbres del animal interfieren con elementos de las tradiciones poéticas. A pesar del predicamento que la caza del ciervo tenía en el siglo XVI y de su buen conocimiento por los cazadores, los aspectos más frecuentes y topificados en la expresión literaria son, sin embargo, reducidos y tienen origen libresco.

Además de las posibles experiencias personales o de su entorno, los escritores disponían en el siglo XVI de un repertorio de fuentes eruditas articuladas

(1950: 223).

¹² Juan Boscán, «El sentir de mi sentido» (1999: 476, vv. 271-275).

¹³ Costana, *Conjuros de amor*, «La grandeza de mis males», González Cuenca 2004: n° 125, vv. 61-65. Véase también Torre «Viuda sin ventura», (1984: 205, *Endecha 7*, v. 22) y J. Barahona de Soto (1981: 165, canto segundo, est. 62).

¹⁴ Carrillo y Sotomayor, «Pero, ¿Qué sirven estudios», 1990: 316, vv. 38-40, así como Jáuregui, *Aminta*, (1973: vol. 2, 145, v. 1293).

¹⁵ «De Mantua salió el marqués», Higashi/Garvin/Martos (2021: 159, n° 3, v. 32-34).

¹⁶ Torre, «Hay un lugar en la ribera donde» (1984: 260, vv. 277-278), así como (2984: 103, *Oda IV*, «Viste, Filis, herida», vv. 1-5) y su *Oda VI*, del *Libro I*, «Dafnis, estas pasiones», vv. 23-25. Puede verse también «cual herido de la yerba siendo / el ciervo huye», Barahona de Soto (1981: 193, canto tercero, est. 50) o «el arce levantado, el ancho foso / que enfrenaran al ciervo fugitivo / cuando del cazador, con alta frente / toda enramada, perseguido viene», Aldana, *Fábula de Faetonte* (1985: 151, vv. 98-101). Es uno de los tópicos más arraigados en la poesía amorosa y no solo en esta: «la vida es ciervo herido / que las flechas le dan alas», Góngora y Argote, «Oh, cuán bien que acusa Alcino» (1998: 69, n° 48, vv. 22-23).

¹⁷ López Bueno (1990: n° 88). El celo o la brama de los ciervos es aludido con cierta frecuencia; véase Villagrà (1989: 207, canto XIII) así como Gutierre de Cetina, «El tiempo es tal que cualquier fiera agora» (1990: n° 88, vv. 3-4), aunque en este caso puede aceptarse para *bramar* la acepción 'desear' (Lida de Malkiel 2017: 53 nota).

en torno a unos cuantos hilos retomados desde la Antigüedad, continuamente glosados e interpretados, a cuyo alrededor se había tejido un rico conjunto de conocimientos letrados útiles para la creación literaria en cuanto susceptibles de ser evocados mediante simples alusiones. Una de estas fuentes era por supuesto la *Historia natural* de Plinio (VIII,32), pero ocupaba también un lugar central el *Fisiologus* por haber incorporado el contenido del salmo 41 de la *Vulgata*¹⁸; una suma de los conocimientos disponibles a los letrados, estudiosos o meros lectores fue compendiada por Jerónimo de Huerta en la traducción de Plinio pues acompañó el capítulo de una larga «Anotación» (del doble de su extensión) que extracta contenidos de Aristóteles, Eliano, los *Salmos*, Ioannis Agricola, Conrad Gessner y Galeno¹⁹. Estas y otras tradiciones se pueden rastrear desde las síntesis antiguas, como Ovidio y sus fábulas mitológicas, hasta algunos compendios muy meritorios o afortunados como el de Isidoro de Sevilla (1982: XIII, 18-23).



Fig. 2: Jean Goujon, «Diana apoyada en un ciervo». Mármol, 1549

¹⁸ Véase en este volumen la aportación de Llúcia Martín.

¹⁹ Plinio (1602: ff. 242^v-248^v). Por más tardío, cito solo en nota Vitoria (1702: 324-335).

Para este apartado citaré solo algunos casos muy frecuentes como el mito de Acteón y Diana²⁰, el de Hércules y la cierva de Cerinia (*Romance de la muerte de Hércules*, «Ardiendo se estaba vivo», Antonio Rodríguez-Moñino 1970: 458-459) y la cierva que substituyó a Ifigenia en el sacrificio²¹; estas convivieron con leyendas históricas como el ciervo con el collar de Alejandro, la cierva de Sertorio, la que amamantó al rey Habis de Tartesos y la que, guiando a Clodoveo por el vado del río Vigena, le permitió derrotar a Alarico²²; junto a ellas se divulgaron anécdotas de origen diverso, como la que se desarrolla en el soneto 190 de Petrarca (la cierva blanca, con un collar que atribuía su propiedad a César)²³. Como veremos reiteradamente, todas estas tradiciones eruditas se imbrican y llegan al público por las vías más inesperadas, a través de vocabularios como el de Covarrubias (Covarrubias Orozco 2003: s. v. CIERVO; véase también su 2001: 313-314, s. v. 'IFIGENIA') y hasta de tratados sobre artes y oficios (Arfe y Villafañe 1585: f. 6^v-7^r, libro tercero), por lo que resulta a menudo imposible determinar qué lectura concreta puede traslucir en cualquier poeta o estudioso, aún cuando cite su supuesto origen. La presencia del ciervo se detecta hasta en la heráldica: desde el bíblico Neftalí²⁴ hasta los escudos de algunas casas aristocráticas como los Cervantes²⁵; los cronistas de indias lo atribuyen también a la representación de algunos pueblos precolombinos (Alva Ixtlilxochitl 1985: 153). Naturalmente, la moda cervuna llegó también a la emblemática (Hernández Miñano 2015: emblema I, 90).

²⁰ Véase por ejemplo la reelaboración de Pérez de Moya (1995: V,5). Las recreaciones literarias son muy numerosas, citaré sólo las versiones de Cristóbal de Castillejo, Francisco de Castilla, Barahona de Soto y Mira de Amescua para las que basta remitir a Cossío (1952) y al estudio de conjunto de Morros Mestres (2010).

²¹ Noticia ya recogida por Villena (1994: 295). Véase también Casas (1992: vol. 2, 1024, referencia de *CORDE* que no he podido verificar).

²² Esta noticia rueda incansablemente de una fuente a otra: véase Ribadeneira (1868: 581b, Libro segundo, cap. xlii).

²³ Véase la anotación de Marco Santagata a Petrarca (1996: n° 190); el soneto es citado por Manuel Román (2003, vol. 1: 4). Sebastián de Covarrubias (2001: 169, s. v. 'CIERVO') lo combina con leyendas semejantes. Véase el origen de esta leyenda en la colaboración de Díaz de Bustamante a este volumen.

²⁴ Juan Rodríguez de la Cámara (1884: 173). Producto de una interpretación de la Biblia, tiene ya precedentes en Alfonso X y en Isidoro de Sevilla.

²⁵ Mena (1989: 416). Hay una magnífica muestra en el sepulcro del cardenal Juan Cervantes en la catedral de Sevilla, que reproducimos aquí.



Fig. 3: Sepulchro del cardenal Juan Cervantes, Catedral de Sevilla.

Por el inmenso eco que tuvo, merece mención especial el enamoramiento de Dido en la *Eneida* (2009-2011, vol. 4: 11-12, IV, 66-73), algunos de cuyos ecos ya vimos:

su médula tierna llama devora mientras tanto y una herida callada vive bajo su pecho. Se abrasa Dido infeliz y recorre sin rumbo toda la ciudad en su frenesí, *cual cierva con flecha clavada*, a la que, desprevenida, de lejos un pastor por arboledas de Creta acertó mientras arreaba con dardos sus reses, y dejó en ella su hierro volador sin saberlo: *aquella en su huida recorre los bosques y sotos* dicteos, se agarra al costado la caña mortal.

La desesperación del ciervo herido es repetidísima: Cetina («como herida cierva, / doquier que voy, conmigo va mi muerte», 1990: nº 29) o, algo más complejo, en Torre («Doliente cierva, que el herido lado»: «... una cierva doliente, que la dura / flecha del cazador dejó sin vida, / errad por la espesura / del monte, que de gloria tan perdida, / no hay sino lamentar su desventura», 1990: 166-168, libro segundo, canción II, vv. 71-76); huelga multiplicar las referencias pues aparece por todas partes (una más: «A Dido la compara [...] a la incauta cierva que, herida por el pastor, huye...», Vega Carpio 1990: 351, libro cuarto).

Este amplio repertorio de informaciones dejó innumerables reminiscencias eruditas entre los poetas, ávidos de demostrar una alta cultura de matriz antigua; nos detendremos solo en algunas especialmente usadas o significativas. Garcilaso rememora el culto a Diana en su *Égloga II* (1995: vv.

189-196): «con parte de la caza visitando / el sacro altar de nuestra santa diosa, [...] clavando del ciervo ligero / en algún sacro pino los ganchosos / cuernos»; Fernando de Herrera desarrolló este mismo motivo en su *Égloga venatoria* («si è venerado / tus aras, i colgado / del jabalí terrible i violento / l'alta frente, i del ciervo la ramosa», 1975: vol. 1, n° 178, vv. 100-103), combinándolos con los amores de Diana y Endimión a la zaga de una bella estancia de la *Égloga I* de Garcilaso (1995: vv. 380-393). El músico Jorge de Montemayor alude al encanto que sobre el ciervo ejerce la música («y en quanto el ciervo esté suspenso oyendo, / le puedo yo tirar, y aun acertalle»)²⁶ pero sabe también construir eficaces aplicaciones sobre su carácter apacible: «No huye con tal furia temeroso / el ciervo del león hambriento, ayrado», o «Hazed, Amor, que [...] el ciervo ante el león esté atrevido» (Montemayor 1996: 545 y 618 incipit «No huye...» y «Hazed, amor, quel mar jamás se mueva»). Resulta también muy socorrida una sentencia de Plutarco procedente del ámbito castrense que usó (entre otros muchos) Lope de Vega: «Una vez me dijeron que había dicho / Un sabio [...] Que era mejor de ciervos un ejército / Con capitán león, que de leones / Con ciervo capitán»²⁷.



Fig. 4: Ciervos y serpientes. *Colori dei Romani*.
I mosaici dalle Collezioni Capitoline, Centrale Montemartini, Roma.

²⁶ Jorge de Montemayor (1996: 671, vv. 357-360). La noticia procede de Plinio, versión de G. de Huerta (1602: f. 243^v).

²⁷ Lope de Vega Carpio (1988: 96, vv. 1129-1134). La sentencia se repite frecuentemente; la había usado Antonio de Guevara (1673: 250, cap. II), aunque la atribución errónea (una de sus citas apresuradas) fue censurada por Pedro de la Rúa (Ochoa 1872: 247-248, carta III); sin embargo, quizá por el inmenso eco de sus escritos, se repite con frecuencia desde entonces; véase por ejemplo Alonso de Cabrera, *Consideraciones del domingo primero de la cuaresma* (1906: 68b).

Otro elemento inevitable es la leyenda de la enemistad entre ciervos y serpientes (que hemos visto ya emerger), heredada seguramente de las más primitivas mitologías²⁸, luego transmitida por Plinio, recogida en el bestiario y en tantas otras fuentes de todas las épocas²⁹; a pesar de su inverosimilitud (¿alguien habrá visto alguna vez un ciervo devorar a una serpiente?) fue creída a pies juntillas por los tratadistas de montería, como Barahona de Soto: «las saca de sus cavernas y cuevas para comellas, con las cuales muda los cuernos y el pelo y la vejez» (Uhagón 1890: 50). Si bien parece haber tenido poco eco en la poesía, resulta un tópico de las fuentes eruditas³⁰ y en otros géneros literarios lo encuentro como símil («como el ciervo con el resuello saca las culebras de las entrañas de la tierra, así yo, poniendo los ojos en las cosas de comer, se me rendían viniéndoseme a la boca», Alemán 1992: vol. 1, 438, I,iii,7) o como alusión. Atraído seguramente por el salmo 41, tuvo especial éxito en la tratadística religiosa, como en Francisco de Osuna: «Dios nuestro señor aborrecia antes los pecadores la qual enemistad se puede comparar a la que tiene el ciervo con las serpientes que persigue fasta sus cuevas y con el flato o ayre rezio que lança por las narizes las atrae y saca fuera y las mata y se las traga» (Osuna 1530: f. xciii^v. Véase también Pinto 1967: 479).

La historia de los ciervos en la literatura habría sido otra de no mediar algunos pasajes de la Biblia, divulgados a través de los romanceamientos o de la lectura directa de la *Vulgata*. Nos interesan ahora *Proverbios*, 5:18-19 («Sea bendita la tu uena e alegre te con la mugier de tu mancebez. / Ella ciería much amada; e tu placent enodio. Las tetas della te farten siempre. e en su amor te deleyta toda uia») y *Cantar de los cantares* 2,9 («Semeia el mio amigo a la corça. | e al enodio de los cieríaos»), ambos según ms. Escorial I.i.8, vid. Enrique-Arias y Pueyo Mena), el último de los cuales tuvo también difusión durante el renacimiento a través de Fray Luis de León y Benito Arias Montano (Olmo Lete, Toro Pascua y Navarro Durán 2008-2010: vol. 2, 106-125 y Núñez Rivera 2019: 131-136). Estos dos versículos favorecieron numerosas derivaciones en la literatura religiosa; me permitiré una cita más bien larga porque es también aplicable a la amorosa:

Dice más Salomón: Gózate con la mujer de tu juventud, con quien casaste en tu mocedad. Muy engañados viven los que buscan contentamiento en las

²⁸ Parece un ciervo luchando con una serpiente la incisión en un sello del período de Nínive (Goff 1963: 144, fig. 599); véase para este período Frankfort (1934: 8-9). Agradezco la información a Guillermo Kurtz Schaefer.

²⁹ Para las fuentes cristianas, véase la exposición de Díaz de Bustamante.

³⁰ Mexía (1989-1990, vol. 2: 34) informa sobre la enemistad entre ciervos y serpientes, a las que saca de su madriguera para comerlas, y añade el uso del cuerno de ciervo quemado para espantarlas.

ilícitas conversaciones, que sin duda están llenas de hiel y de acíbar: la verdadera y sólida alegría no la hallará el casado sino en su legítima mujer [...] Ved qué nombres atribuye á la mujer: cierva amantísima y cervatico agradableísimo. Son estos animales hermosos, de lindo pelo y muy agradables á los hombres; y así la esposa compara á su esposo á la cabra montés y al cervatico, significando por esto cuán amable le era su esposo; tal ha de ser al marido su mujer. Más. Se compara la mujer á la cierva por el decoro y honestidad que han de guardar en el trato; porque los ciervos jamás se juntan en público, ni á lo claro. *Item*: como los ciervos, dice Plinio, que son enemigos de las serpientes y las sacan con el aliento de sus cavernas para comerlas, así la mujer legítima tiene gran enemiga con las complezas, y aunque más se las queráis ocultar, las descubre y saca de rastro.

At Regina dolos, quis fallere possit amantem? praesensit... (Eneida.)

Finalmente, tienen los ciervos otra propiedad: que cuando pasan á nado un río ó brazo de mar, van en hilera uno en pos de otro, y el que va atrás descansa la cabeza sobre las espaldas del delantero, y cuando el primero que guía y no tiene en qué estribar se cansa, se muda y pone el postrero de todos (A. de Cabrera, *Sermón segundo. Domingo primero después de la octava de la Epifanía de Nuestro Señor*, 1906: 654b-655a. Véase también Concepción 1995-2002, vol. 1: 981).

Nótese la combinación de fuentes sagradas y profanas (común en todo tipo de textos, también en los amorosos), la aplicación de las referencias bíblicas a la relación entre los esposos y la descripción humanizada de los ciervos y sus relaciones eróticas, sin las que no entenderíamos las combinaciones de fuentes de la literatura profana.

Entre los salmos, el más importante para nosotros es el 41 de la *Vulgata*³¹; comentado por Agustín de Hipona (Hipona, *Enarraciones sobre los salmos*, 1964-1966: vol. 2, 3-27), se convirtió en un tópico frecuentadísimo de la literatura religiosa. Su versión poéticamente más eficaz se debe sin duda a Juan de la Cruz («Así como el ciervo desea las aguas, mi alma desea a ti, Dios; porque el ciervo en la sed con gran ligereza corre a las aguas»³²), aunque ha sido citado o parafraseado ininterrumpidamente³³ en prosa y en verso. Lo

³¹ Las citas en castellano corresponden siempre a *Sagrada Biblia*; para el texto latino uso *Biblia Sacra. Iuxta Vulgatam Versionem*.

³² Juan de la Cruz, comentario de *Noche oscura* 1964: 605, lib. II, cap. 20. Luis de León introduce el verbo «brama», que lo aleja de la sensibilidad lingüística del lector actual (1967: vol. 2, 986-988).

³³ «Como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así desea mi ánima a ti mi Dios» según Francisco de Borja 1964: 143, tratado VI, glosando el himno «Benedicite fontes Domino, benedicite maria et flumini Domino»; véase otra cita en Luis de Granada 1674: 268b: Tratado séptimo del amor de Dios, cap. IV, De otros medios más particulares que sirven para alcanzar a Dios, V Del amor de la pobreza y en sus *Adiciones al memorial de la vida cristiana*, 1907: 91. A través de *Corde* pueden seguirse fácilmente las

encuentro ya en la glosa a un mote religioso de Francisco de Ávila: «a ti, fuente de dulçor, / busco, como el agua el ciervo», que habría de tener amplia difusión durante el siglo XVI³⁴, repitiéndose incesantemente en este registro expresivo: «qual suele herida cierva, / busca la fuente viva / de las aguas eternas»³⁵ o «cual ciervo en la siesta fatigado / busca, sediento, cristalina fuente / donde templar su sed, tener sosiego, / corriste, Ignacio, a imitar el fuego / de caridad que así en tu pecho ardía»³⁶.

Paradójicamente, el salmo pesó, y mucho, en la poesía profana, donde la cierva herida de Virgilio busca eternamente una fuente donde calmar su ansia. María Rosa Lida hizo partir esta tradición de Boscán: «hanle buscado / como el herido ciervo busca el agua» (Boscán, *Hero y Leandro*, «Canta con boz süave y dolorosa», 1999: 299, vv. 1854-1855) aunque ni era nueva ni en la historia de la poesía española empezaba allí. Desde mucho antes y desde todas lenguas y tradiciones, ambas fuentes se entrelazan sin cesar: como él, Juan Coloma («No deseó jamás la clara fuente / el ciervo con la flecha atravesado ...», 2015: 372, nº 24) partía de un símil de Ausiàs March («Cervo ferit no desija la font / aytant com jo ésser á vos present», 1997: nº lxxxix) y este se repetirá hasta la saciedad en Francisco de la Torre («no busca desangrada cierva / con más ardor el agua... como mi alma a ti», libro segundo, 1984: 189, soneto 31), desde donde podríamos llegar sin pausa hasta, por ejemplo, Juan Meléndez Valdés: «¿Ves la cierva que va herida, / cuánto en el monte voló?» (Meléndez Valdés, «Del mismo modo pagaba», 1981-1983: nº 276, vv. 17-18). En todos ellos, la cierva herida se identifica con la herida de amor, un tema heredado de la poesía medieval, y su búsqueda del agua se vuelve trasunto del ansia con que, en el bestiario, corría a liberarse del veneno de la serpiente, rejuveneciéndose (Santonja 2001: 42-47), aunque en esta subtracción el ofidio desaparezca. Denunciaba María Rosa Lida (2017: 66, véase además Asensio 1954) un «intento de convertir la res de montería en una criatura literaria de significado semejante el de la tórtola» viuda; Lope de Vega

citas de este salmo, que este mismo autor usa repetidamente.

³⁴ Ávila 2000: 386, íncipit «No te pongas con tu siervo / en juicio ni en rigor», luego incluido como remate del pliego 886 (Bleuca, ed. 1976: nº 31): el poema pasó por fin al *Cancionero* 1591: ff. 81^r-82^r; nos hallamos por tanto ante una composición divulgadísima.

³⁵ *Romance del niño perdido*, «Iesús, María y Ioseph», Valdivielso (1984, nº 228: 110, vv. 25-29) y de nuevo en el mismo autor, *Romance al clavo de los pies de Iesú Christo Nuestro Señor*, «Por el rastro de la sangre» (1984: 158, vv. 9-11).

³⁶ Martín de la Plaza (1995: 253-257), *A San Ignacio. Canción en la justa literaria de Antequera*, «Hoy la devota competencia ofrece». En verso religioso puedo citar también «Llegad ciervo herido al agua, / pero bañad os primero / en la de la confession» (Ledesma 1969: 227) o «cual herido / ciervo que a la fuente / corre y desea en el calor estivo / las vivas aguas» de Pedro de Espinosa (*Salmo pidiendo la venida de dios al alma del poeta*, «Levanta entre gemidos, alma mía», 1975: 119, nº 56).

parecía pensar en esta asociación cuando escribía: «No hay tórtola casada / en estos olmos donde el viento suena / ni cierva fatigada / de correr por la siesta en el arena / que ya de mí se espante» (Vega Carpio, *El mayorazgo dudoso* 1998: 584, jornada primera, vv. 535-539).

El rasgo más frecuente en el desarrollo de estos motivos es así la combinación y contaminación de fuentes, que intensifica su carga simbólica y su fuerza expresiva³⁷: la cierva herida de amor unía un rasgo de los bestiaros y los salmos, la necesidad del agua (para alcanzar la unión con Dios o para curar el veneno de la serpiente), con un hábito del animal, la timidez o el miedo que le impulsaba a escapar, más la herida de la *Eneida*; aparte de su notable presencia en la lírica, parece haberse convertido en una moda de la poesía musical hacia el tercer cuarto del siglo XVI: «Quando de mi dueño / se escapa el alma, / como cierva herida / me arrojó al agua» (Frenk 2003, nº 2578) dice una seguidilla impresa en dos series de 1597 (García de Enterría 1974: nº 26=Rodríguez-Moñino 1963: nº 151 y Di Stefano y García de Enterría 1974: nº 9). Nadie adaptó mejor este motivo, notablemente metamorfoseado, que Juan de la Cruz (1964: 627): «¿Adónde te escondiste, / Amado, y me dejaste con gemido? / Como el ciervo huiste, / habiéndome herido; / salí tras ti clamando, y eras ido». Los roles cambian, es el amado el que hiere a la enamorada y escapa, pero se distingue perfectamente el conjunto del tópico y queda también de manifiesto la hibridación de lo sacro con lo profano, que actuaba tanto en la producción religiosa como en la amorosa.

Esto nos lleva a otra tradición completamente distinta, la de la fuente o un lugar acuático como lugar de encuentro amoroso (que viene rodando desde los trovadores galaico-portugueses con especial relevancia en Mendinho o Nuno Fernandez Torneol)³⁸ y el misterioso arribo de un ciervo cuyo significado real se nos escapa, maravillosamente ejemplificado por Pero Meogo³⁹. Ni siquiera el ciervo del *Erec* escapó a la perspicacia de doña María Rosa, aun no disponiendo de la documentación y las interpretaciones hoy disponibles⁴⁰; lo que no recordó es este extraordinario villancico paralelístico: «Cerbatica tan garrida,

³⁷ La reverberación retórica de estos motivos es una constante en la poesía del siglo XVI, como pusieron ya de relieve desde Lida de Malkiel (1959, hoy en 2017: 52-79) hasta López Calahorra (2019).

³⁸ Masera (2001: 100-104) y Beltrán 2020; para un contexto más amplio, Beltrán (2009). Los textos más pertinentes fueron ya evocados por Lida (2017: 53 y 72).

³⁹ La composición de Pero Meogo más cercana a esta es «Digades, filha, mia filha velida» (Ferreiro *et al.*, *Universo Cantigas*, [consulta: 08/01/2022]). Para sus vinculacones con el folklore serbio véase Trubarac Dragovic (2011).

⁴⁰ Remito a la colaboración de M. Simó para este monográfico.

/ no enturbies el agua fría, / que he de lavar la camisa / de aquel a quien di mi fe»⁴¹, que parece una reescritura directa de las añejas cantigas de Pero Meogo.

Quizá podríamos añadir otra tradición, también marginal en la lírica: el ciervo que guía hacia un hada benefactora, tópico que la novela de caballerías heredó de la primitiva literatura artúrica; quizá pueda estar tras la misteriosa aventura de Lanzarote y el ciervo del pie blanco (Cid 2011, 2021). Aunque el ciervo haya desaparecido, no cuesta identificar su versión cristianizada, el acceso a la salvación, en un romance trovadoresco: «En un valle muy obscuro / me halle vna mañana» (Sepúlveda 2018: ff. 214^v-217^v):

yo reposando en mi sueño
vna dueña a mi venia
su rostro resplandeciente
mas que quantos visto auia
de paños de seda y oro
muy ricamente guarnida
vna harpa en las sus manos
cantaua al son que tañia;

esta le promete al caballero que «biuas toda tu vida / en plazerres muy contento» en un paisaje paradisíaco con aves canoras, flores y fuente incluida, con una corte de bellas doncellas que «seruirte han a la tu guisa». Cuando se iba con ellas, apareció «vna vieja muy rugosa» que le advierte del «engaño / y su grande aleuosia» en que estaba a punto de caer pues «despues de sus plazerres / llanto se te seguiria» y le propone un camino áspero, cargado de trabajos, pues «por premio gloria ternias / que es deuido galardón / a los que a virtud se arriman». Ni qué decir tiene que el protagonista siguió este consejo y acabó viendo «cosas de gran marauilla, / no las podre yo explicar / ni declarar las sabria». Bajo la retórica del romance trovadoresco y las alegorías que solían aplicarse al amor cortés, convierte el hada maravillosa de los primitivos relatos caballerescos en una tentación diabólica, pues es esto exactamente lo que significaba desde una interpretación cristiana (Duce 2007: 504).

No hay fiesta sin aguafiestas y el ciervo se convierte en un magnífico arquetipo del cornudo cuando cambia el registro expresivo. No considero

⁴¹ Puede verse hoy en Frenk (2003: n° 322), procedente del ms. 3913 de la Biblioteca Nacional de España (*Parnaso español*, vol. 2, f. 70^v, una miscelánea compilada a lo largo del siglo xvii, inserto al final del romance «La jabonada ribera» que se cierra con dos composiciones líricas); fue dado a conocer por Foulché-Delbosc (1914: 525-531) que publicó el romance sin indicar su procedencia. Véase la descripción del manuscrito en Jauralde (1998: ms. 2913 §159), donde figura la primera composición lírica («Arboles de la mañana», §160) pero no esta.

necesario la cita de casos, pues se encuentran en toda la historia de la literatura desde el cuento de Pitas Payas, que de cordero se convirtió en cabrón. Sí creo interesante esta referencia de Luis Barahona de Soto, pues nos pone de manifiesto el profundo arraigo social de esta descalificación del marido engañado: ante una pregunta sobre «el uso tanto tiempo á llamar venados y ciervos á los que sufren los adulterios de las mujeres», juzga que

está ya en costumbre decir que aquéllos son cuernos: como esos animales son tan ricos de esa madera, llámanles a los tales del nombre de los animales mismos; pero más dificultad tiene saber por qué les llaman cornudos á esos tales, pues aún no tienen esas armas tan feroces para vengar su injuria, pues la sufren con paciencia;

tras compararlos con el pobre Acteón que, convertido en ciervo pero ignorante de su metamorfosis, no entendía las burlas de las damas de Diana, concluye:

como todos saben su daño y él lo lleva delante y no lo ve, tomaron de aquí la semejanza de llamarles hombres que llevan cuernos, porque ningún animal que los lleva los puede ver, siendo cosa que no se puede encubrir á los demás (Uhagón 1890: 68-69).

Conclusiones

Tras este recorrido por múltiples ocurrencias del ciervo en la poesía del Renacimiento y en la literatura de piedad, podemos sacar algunas conclusiones provisionales. En primer lugar, nos hallamos ante un período de gran madurez cultural en que confluyen múltiples tradiciones escritas, tanto antiguas (los naturalistas, los bestiarios, los mitólogos, la literatura latina pagana y la cristiana) como medievales (Isidoro de Sevilla, las refundiciones de los bestiarios y la tratadística religiosa en latín); la aparición de la producción escrita en lenguas romances facilitó su difusión a través de traducciones y romanceamientos y la inmediata introducción de las literaturas en vulgar (básicamente ciertas cantigas de amigo y el *roman courtois*) añadió filones antes ignorados con una penetración social cada vez más amplia, sobre todo tras la invención de la imprenta. Las novelas artúricas y la cantiga de amigo y géneros afines incorporaban manifestaciones de ciervos poco o nada cristianizados, procedentes de las tradiciones arcaicas que se pueden rastrear en este volumen. Las primeras encontraron su continuidad en la novela de caballerías (con alguna incursión en el verso, como hemos visto) y en la cristianización

de la hagiografía, las segundas se conservaron a través de la poesía cantada (cortesana o no), que pervivió en estado oral durante el siglo XIV para emerger desde fines del XV en los cancioneros musicales.

Llegamos así al final de nuestro recorrido. El uso poético del ciervo, en sus múltiples variaciones, ha de remontar a un haz de tradiciones distintas, arraigadas en diversos niveles de la historia poética en cada uno de los cuales desarrolló manifestaciones peculiares: la oral y simbólica de Pero Meogo, la Biblia, la *Eneida* y la poesía clásica, la predicación y la literatura religiosa; cada una de ellas había desarrollado prioritariamente una parte de sus potencialidades. Cada una de estas variaciones acabaría confluyendo en la época que nos ocupa y todas son necesarias para percibir el valor simbólico, las connotaciones culturales y las experiencias personales que sus coetáneos podían evocar. Así, como una hibridación de todas las tradiciones, interpretaba María Rosa Lida la más compleja de sus formulaciones profanas, la de Francisco de la Torre:

Doliente cierva, que, el herido lado
de ponzoñosa y cruda yerba lleno,
buscas la agua de la fuente pura
con el cansado aliento y con el seno
bello de la corriente sangre hinchado;
débil y descaída tu hermosura.
¡Ay, que la mano dura
que tu nevado pecho
ha puesto en tal estrecho,
gozosa va con tu desdicha cuando,
cierva mortal, viviendo está penando
tu desangrado y dulce compañero,
el regalado y blando
pecho pasado del veloz montero!
Vuelve, cuitada, vuelve al valle donde
queda muerto tu amor, en vano dando
términos desdichados a tu suerte.
Morirás en su seno reclinando
la beldad que la cruda mano esconde
delante de la nube de la muerte...
(Torre 1984: libro segundo, canción 2, pp. 166)

Nótese la importancia que adquieren en esta composición la fuente y el agua (elemento bíblico y de la lírica tradicional), la herida de amor (símbolo

cuatrocentista a la vez que reminiscencia virgiliana), la carrera desesperada del ciervo (reminiscencia menos fiel de los bestiarios y de la Biblia) y, sobre todo, la intensa impregnación sentimental y la fuerte carga erótica que acommunan la poesía tradicional y la petrarquista, la mención de los monteros que remite al mundo de la caza... De la poesía tradicional, de la experiencia campestre (recordemos las aficiones de la aristocracia, como la Abadía del duque de Alba, poetizada por Lope de Vega en su *Arcadia*) y de los usos de Sannazaro aprenden también los poetas la lección del paisaje, y de la lírica y de la pastoral proceden a su vez los elementos de la descripción física, el «nevado pecho». Esta composición carece de la intensa fuerza del *Cántico espiritual* pero asume todos los elementos que integran el motivo del ciervo en la poesía del Renacimiento y da buena cuenta de la complejidad de las tradiciones que entonces confluyeron. Con una calidad, por supuesto, digna de los grandes poetas.

La lírica religiosa siguió otro camino, en algunos aspectos inverso: la identificación de la Biblia con la pastoral renacentista llevó a la incorporación de motivos propios de tradiciones profanas⁴² en la traducción (a veces más bien recreación) de ciertas obras, de lo que es buen ejemplo la que hizo Pedro Malón de Chaide del salmo 41:

Como la cierva en medio del estío,
de los crudos lebreles perseguida,
que lleva atravesada
la flecha enherbolada,
desea de la fuente el licor frío,
por dar algún refresco a la herida,
y ardiendo con la fuerza del veneno,
no para en verde prado o en valle ameno;
Así mi alma enferma te desea,
eterno Dios, y de tu amor sedienta,
ardiendo en fuego puro...⁴³

La aristocracia y la realeza del Renacimiento valoraban altamente la caza del ciervo y la vida en el paisaje abierto, de ahí que tuvieran un buen

⁴²Véase para estos aspectos Núñez Rivera 2019, especialmente los capítulos relativos al *Cantar de los cantares* y la bucólica religiosa y, para la justificación teórica, las pp. 205-208.

⁴³Malón de Chaide (1930: 137, parte III, cap. 16); Lida (2017: 75) llamó la atención sobre esta versión como ejemplo de integración de elementos ajenos a la Biblia (la herida, el prado ameno). Hasta Juan de la Cruz tiende a interpretar las referencias bíblicas según las tradiciones poéticas de su tiempo: «el ciervo en la sed con gran ligereza corre a las aguas. La causa de esta ligereza en amor...» (*Noche oscura*, 1964: 605, libro segundo, cap. 20).

conocimiento de ellos desde la perspectiva del cazador; este se sumó a la erudición y a la simbología poética casi sin crítica, hibridándose todas las tradiciones en una síntesis que impregnó toda la literatura y dejó también su huella en los libros de montería, que yuxtaponían sus lecturas a su experiencia. Como pone de manifiesto la exclusión del lobo de los libros de caza, su aprendizaje cinegético estaba condicionado por más por el prestigio de la tradición erudita y literaria. La poesía y la prosa profana y la literatura religiosa aunaron todas estas experiencias para combinarlas en un complejo de motivos que se inclina más hacia un lado u otro según las circunstancias y los intereses del poeta, pero sin distinguir, fundamentalmente, las letras profanas de las religiosas, fundiéndolas además con las tradiciones poéticas orales. Solo los ciervos de la poesía tradicional, los que facilitaban en la fuente el encuentro de la doncella con su enamorado, carentes del prestigio de los mitos ovidianos o de la *Eneida*, tendrán en este período una relevancia menor, aunque indirectamente podamos entreverlos en el intenso erotismo que la intervención de los ciervos introduce en la poesía amorosa; es probable que, sin este componente, su embrujo no habría sido tan transparente o tan intenso en las letras divinas. Desde este punto de vista, lo importante no era el origen de cada motivo sino la funcionalidad expresiva que podía adquirir en una composición poética o en prosa, piadosa o sentimental. Unas corrientes circulaban con la fuerza que les daba el prestigio cultural, otras vegetaban o malvivían encerradas en cauces más estrechos pero, a pesar del privilegio que la erudición les otorgaba y de la visibilidad que concedía a sus productos, todas ellas, de algún modo, operaban conjuntamente en la percepción de los lectores.

Referencias bibliográficas

- ADRIANI, Settimio *et al.* (2014), «Chasseurs de loups professionnels et amateurs dans le Latium du XIX^e siècle», en Jean-Marc Moriceau (ed.), *Vivre avec le loup?. Trois mille ans de conflit. Actes du symposium de Saint-Martin-Vésubie (9-12 octobre 2013)*. Paris: Éditions Tallandier, pp. 117-123.
- ALDANA, Francisco de (1985), *Poesías*. José Lara Garrido (ed.). Madrid: Cátedra
- ALEMÁN, Mateo (1992), *Guzmán de Alfarache*. José María Micó (ed.). Madrid: Cátedra.
- ALMAZÁN, Duque de y ZARCO CUEVAS, Julián (eds.) (1935), *Diálogos de la montería (Manuscrito de la Biblioteca del Palacio de Oriente)*. Barcelona: Instituto Gráfico Oliva de Vilanova.

- ALVA IXTLILXOCHITL, Fernando de (1985), *Historia de la nación chichimeca*. Germán Vázquez (ed.). Madrid: Historia 16.
- ARFE Y VILLAFANE, Juan de (1585), *De varia Commensvración para la escvltura y Architectura*. Sevilla: Andrés Pescioni y Juan León. En línea: <https://documentomovil.usal.es/visor.php?v=dicter&f=construccion_bg_ArphayVillafane#1> [consulta: 28/12/2021].
- ARGENSOLA, Lupercio Leonardo de (1950), *Rimas*. José Manuel Blecua (ed.). Zaragoza: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- ASENSIO, Eugenio (1954), «'Fonde frida' o encuentro del romance con la canción de mayo», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 8, pp. 365-388 [reimpreso en *Poética y realidad en el cancionero peninsular de la Edad Media*. Madrid: Gredos, 1970, pp. 230-263]. DOI: <https://doi.org/10.24201/nrfh.v8i4.319>.
- ÁVILA, Francisco de (2000), *La vida y la muerte o Vergel de discretos (1508)*. Pedro M. Cátedra (ed.). Madrid: Fundación Universitaria Española/Universidad Pontificia de Salamanca.
- BARAHONA DE SOTO, Luis (1981), *Las lágrimas de Angélica*. José Lara Garrido (ed.). Madrid: Cátedra.
- BELTRAN, Vicenç (2009), *La poesía tradicional medieval y renacentista. Poética y antropología de la lírica oral*. Kassel: Reichenberger.
- BELTRAN, Vicenç (2020), «*Chanson de femme*, folklore y mito», en Meritxell Simó (ed.), *Los motz e-l so afinant. Cantar, llegir, escriure la lírica dels trobadors*. Roma: Viella/IRCVM, pp. 13-33.
- Biblia Sacra. Iuxta Vulgatam Versionem* (1994), Bonifatius Fischer, Robert Weber et al. (ed.). Stuttgart: Deutsche Bibelanstalt, 1994 (digitalizada en *Biblia Medieval*. En línea: <<http://corpus.bibliamedieval.es/>> [consulta: diciembre 2019]).
- BLECUA, José Manuel (1976), *Glosa del romance sobre el saco de Roma...* (c. 1527). Valencia: Costilla o Juan Viñao. [Facsimil en: *Pliegos poéticos del siglo XVI de la Biblioteca de Cataluña*. Madrid: Joyas Bibliográficas. En línea: <https://books.google.it/books/about/Cancionero_de_Nuestra_Se%C3%B1ora.html?id=r9h2BwEQI0AC&redir_esc=y> [consulta: 29/12/2021].
- BORJA, Francisco de (1964), *Seis tratados muy devotos y útiles para cualquier fiel cristiano*. Cándido de Dalmasas (ed.). Barcelona: Juan Flors.
- BOSCÁN, Juan (1999), *Obra completa*. Carlos Clavería (ed.). Madrid: Cátedra.
- CABRERA, Alonso de (1906), *Sermones*. Miguel Mir (ed.). Madrid: Bailly-Baillière. (Nueva Biblioteca de Autores Españoles, 3).
- Cancionero de nvestra señora...* (1591). Barcelona: viuda de Humbert Gotart.

- CAÑAS, Jesús (ed.) (1988), *Libro de Alexandre*. Madrid: Cátedra.
- CARRILLO Y SOTOMAYOR, Luis (1990), *Poesía*. Rosa Navarro Durán (ed.). Madrid: Castalia.
- CASAS, Bartolomé de las (1992), *Apologética historia sumaria*. Vidal Abril Castelló *et al.* (eds.). Madrid: Alianza Editorial.
- CETINA, Gutierre de (1990), *Poesía*. Begoña López Bueno (ed.). Madrid: Cátedra.
- CID, Jesús Antonio (2011), «‘Caza y castigo de don Jorge’ frente a ‘Lanzarote y el ciervo de pie blanco’. El ‘fragmentismo’ y los ‘romances-cuento’», *La Corónica*, 39, pp. 61-94.
- CID, Jesús Antonio (2022), «Nebrija y los enigmas del romance de ‘Lanzarote y el ciervo de pie blanco’», *Abenámar. Cuadernos de la Fundación Ramón Menéndez Pidal*, 5, pp. 1-21.
- COLOMA, Juan (2015), ‘*Década de la pasión*’. ‘*Cántico de la resurrección*’ de don Juan Coloma conde de Elda y virrey de Cerdeña. Pedro M. Cátedra, Javier Burguillo, Laura Mier (eds.). Salamanca: SEMYR.
- CONCEPCIÓN, Juan Bautista de la (1995-2002), *Algunas penas del justo en el camino de la perfección. Obras completas*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos. En línea: <http://www.intratext.com/IXT/ESL0108/_INDEX.HTM> [consulta: junio 2019].
- COVARRUBIAS OROZCO, Sebastián de (2001), *Suplemento al Tesoro de la lengua española castellana*. Georgina Dopico y Jacques Lezra (eds.). Madrid: Polifemo.
- COVARRUBIAS OROZCO, Sebastián de (2003), *Tesoro de la lengua Castellana o Española según la impresión de 1611, con las adiciones de Benito Remigio Noydens publicadas en la de 1674*. Martín de Riquer (ed.). [Barcelona: Horta, 1943]. Reimpresión facsimilar de Barcelona: Alta Fulla.
- COSSÍO, José María de (1952), *Fábulas mitológicas en España*. Madrid: Espasa-Calpe.
- CRUZ, Juan de la (1964), *Noche oscura*, en *Vida y obras completas de San Juan de la Cruz*. Crisógono de Jesús, Matías del Niño Jesús y Licinio del SS. Sacramento (eds.). Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- DI STEFANO, Giuseppe y GARCÍA DE ENTERRÍA, María Cruz (ed.) (1974), *Pliegos poéticos españoles de la Biblioteca Universitaria de Pisa*. Madrid: Joyas Bibliográficas.
- DUCE GARCÍA, Jesús (2007), «Los ciervos en la literatura caballerescas hispánica», *Actas del XI Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (Universidad de León, 20 al 24 de septiembre de 2005)*. León: Universidad, vol. 1, pp. 501-510.

- DURÁN, Agustín (1851), *Romancero general*. Madrid: Rivadeneira.
- ENRIQUE-ARIAS, Andrés y PUEYO MENA, Francisco Javier (dirs.). *Biblia medieval*. En línea: <<http://corpus.bibliamedieval.es/>> [consulta: junio 2019].
- ESLAVA, Antonio de (1986), *Noches de invierno*. Julia Barella Vigal (ed.). Pamplona: Gobierno de Navarra.
- ESPINOSA, Pedro de (1975), *Poesías, Epístola al licenciado Antonio Moreno*. Francisco López Estrada (ed.). Madrid: Espasa-Calpe. (Clásicos Castellanos, 205).
- FERNÁNDEZ DE MADRIGAL, Alonso, El Tostado (1995), *Sobre los dioses de los gentiles*. Pilar Saquero Suárez-Somonte y Tomás González Rolán (eds.). Madrid: Ediciones Clásicas.
- FERREIRO, Manuel; ARBOR ALDEA, Mariña; ARIAS FREIXEDO, Bieito y EIRÍN, Leticia, *Universo Cantigas. Edición crítica da poesía medieval galego-portuguesa*. Universidade da Coruña. En línea: <<https://universocantigas.gal/cantigas/>> [consulta: junio 2019].
- FOULCHÉ-DELBOSC, Raimond (1914), «Poesías de antaño», *Revue Hispanique*, 31, pp. 524-608.
- FRADEJAS RUEDA, José Manuel (ed.) (1985), *Libro de los azores*, en *Antiguos tratados de cetrería castellanos*. Madrid: Cairel, pp. 87-105.
- FRANKFORT, H. (1934), «Gods and Myths on Sargonid Seals», *Iraq*, 1:1, Apr., pp. 2-29. DOI: <https://doi.org/10.2307/4241554>.
- FRENK, Margit (2003), *Nuevo corpus de la antigua lírica popular hispánica (siglos XV a XVII)*. México D. F.: Facultad de Filosofía y Letras, UNAM/El Colegio de México/Fondo de Cultura Económica.
- GARCÍA DE ENTERRÍA, María Cruz (1974), *Pliegos poéticos españoles de la Biblioteca del Estado de Baviera de Munich*. Madrid: Joyas Bibliográficas.
- GIRÓN-NEGRÓN, Luis M. y MINERVINI, Laura (eds.) (2006), *Coplas de Yosef. Entre la Biblia y el Midrash en la poesía judeoespañola*. Madrid: Gredos.
- GOFF, Beatrice Laura (1963), *Symbols of Prehistoric Mesopotamia*. New Haven/London: Yale University Press.
- GONZÁLEZ CUENCA, Joaquín (ed.) (2004), *Cancionero general de Hernando del Castillo*. Madrid: Castalia.
- GÓNGORA Y ARGOTE, Luis de (1998), *Romances*. Antonio Carreira (ed.). Barcelona: Quaderns Crema.
- GRANADA, Luis de (1674), *Memorial de la vida christiana en el qual se enseña todo lo que el christiano deve hazer, desde el principio de su conversion hasta el fin de la perfection repartido en siete tratados [...]* Barcelona: Antonio Lacavalleria.

- GRANADA, Luis de (1907), *Obras*. J. Cuervo (ed.). Madrid: Hija de Gómez Fuentenebro.
- GRANADA, Luis de (1989), *Introducción al símbolo de la Fe*. José María Balcells (ed.). Madrid: Cátedra.
- GUEVARA, Antonio de (1673), *Arte del marear y de los inventores de ella [...]*. Madrid: Viuda de Melchor Alegre.
- HERNÁNDEZ MIÑANO, Juan de Dios (2015), *Emblemas morales de Sebastián de Covarrubias: iconografía y doctrina de la contrarreforma*, [edición y estudio]. Murcia: Universidad.
- HERRERA, Fernando de (1975), *Obra poética*. José Manuel Blecua (ed.). Madrid: Real Academia Española.
- HIGASHI, Alejandro; GARVIN, Mario y MARTOS, Josep Lluís (eds.) (2021), *El 'Cancionero de romances' de Martín Nucio*. Alicante: Universidad de Alicante.
- HIPONA, Agustín de (1964-1966), *Obras*. Balbino Martín Pérez y José Morán (eds.). Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- JAURALDE POU, Pablo (dir.) (1998), *Catálogo de manuscritos de la Biblioteca Nacional con poesía en castellano de los siglos XVI y XVII*. Madrid: Arco Libros.
- JÁUREGUI, Juan de (1973), *Obras*. Inmaculada Ferrer de Alba (ed.). Madrid: Espasa-Calpe.
- LARA GARRIDO, José (1982a), «Los *Diálogos de la montería* de Barahona de Soto. Desestructuración expositiva y coherencia compendial», *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, 57, pp. 115-153.
- LARA GARRIDO, José (1982b), «Los *Diálogos de la Montería*. Problemas de autoría y fechación», *Analecta Malacitana*, 5, pp. 3-31.
- LASSO DE LA VEGA, Garci (1995), *Obra poética y textos en prosa*. Bienvenido Morros (ed.). Barcelona: Crítica.
- LEDESMA, Alonso de (1969), *Conceptos espirituales, tercera parte*. Eduardo Juliá Martínez (ed.). Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- LEÓN, Luis de (1967), *Obras completas castellanas*. Félix García (ed.). Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- LIDA DE MALKIEL, María Rosa (1959), «El ciervo herido y la fuente», en «Transmisión y recreación de temas grecolatinos en la poesía lírica española», *Revista de Filología Hispánica*, 1, pp. 20-63.
- LIDA DE MALKIEL, María Rosa (2017), *La tradición clásica en la literatura española*. Madrid: Centro para la Edición de los Clásicos Españoles.

- LÓPEZ CALAHORRO, Inmaculada (2019), «La *Eneida* de Gregorio Hernández de Velasco: relación con *Cántico espiritual* y *Llama de amor viva* de San Juan de la Cruz», *Florentia Iliberritana*, 30, pp. 147-164.
- LUCENA, Luis de (1954), *Repetición de amores*. Jacob Ornstein (ed.). Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- MALÓN DE CHAIDE, Pedro (1930), *La conversión de la Magdalena*. Félix García (ed.). Madrid: La Lectura. (Clásicos Castellanos, 105).
- MANUEL, Juan (1981-1983), *El conde Lucanor*, en *Obras completas*. José Manuel Blecua (ed.). Madrid: Gredos.
- MARCH, Ausiàs (1997), *Obra completa*. Robert Archer (ed.). Barcelona: Barcanova.
- MARÓN, Publio Virgilio (2009-2011), *Eneida*. Luis Rivero García *et al.* (trad.). Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- MARTÍN DE LA PLAZA, Luis (1995), *Poesías*. Jesús M. Morata Pérez (ed.). Málaga: Diputación Provincial.
- MARTÍNEZ CRESPO, Alicia (ed.) (1995), *Manual de mugeres en el qual se contienen muchas y diversas reçeutas muy buenas*. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- MASERA, Mariana (2001), '*Que non dormiré sola, non*'. *La voz femenina en la antigua lírica popular hispánica*. Barcelona: Azul.
- MELÉNDEZ VALDÉS, Juan (1981-1983), *Poesías*. Juan H. R. Polt y Jorge Demerson (eds.). Oviedo: Centro de estudios del siglo XVIII.
- MENA, Juan de (1989), *Memorias de algunos linajes*, en *Obras completas*. Miguel Ángel Pérez Priego (ed.). Barcelona: Planeta.
- MENA, Juan de (1995), *Laberinto de Fortuna*. Maxim Kerkhof (ed.). Madrid: Castalia.
- MEXÍA, Pedro (1989-1990), *Silva de varia lección*. Antonio Castro (ed.). Madrid: Cátedra.
- MIRA DE AMESCUA, Antonio (1972), *La mesonera del cielo*. José María Bella (ed.). Madrid: Espasa-Calpe.
- MONTEMAYOR, Jorge de (1996), *Cancionero*. Juan Bautista Avalu-Arce y Emilio Blanco (eds.). Madrid: Turner.
- MORROS MESTRES, Bienvenido (2010), *El tema de Acteón en algunas literaturas europeas: de la antigüedad clásica a nuestros días*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos.
- NÚÑEZ RIVERA, Valentín (2019), *Poesía y Biblia en el Siglo de Oro*. Frankfurt am M./Madrid: Iberoamericana/Vervuert.
- OCHOA, Eugenio de (1872), *Epistolario español*. Madrid: Rivadeneyra.

- OLMO LETE, Gregorio del; TORO PASCUA, María Isabel y Navarro Durán, Rosa (dirs.) (2008-2010), *La Biblia en la literatura española*. San Millán: Fundación San Millán de la Cogolla.
- OSUNA, Francisco de (1530), *Segunda parte del libro llamado Abecedario espiritual* [...]. Sevilla: Juan Varela, digitalizado por la Universidad de Granada. En línea: <<https://digibug.ugr.es/handle/10481/11454>> [consulta: 28/12/2021].
- PÉREZ DE MOYA, Juan (1995), *Philosophía secreta*. Carlos Clavería (ed.). Madrid: Cátedra (Clásicos Hispánicos, 404).
- PETRARCA, Francesco (1996), *Canzoniere*. Marco Santagata (ed.). Milano: Mondadori.
- PINTO, Héctor (1967), *Traducción de la Imagen de la vida cristiana de Fray Héctor Pinto*. Edward Glaser (ed.). Barcelona: Juan Flors.
- PLINIO, Cayo (1602), *Traducción de los libros de Cayo Plinio segundo, de la historia natural de los Animales. Hecha por el licenciado Geronimo de Huerta... Primera parte*. Alcalá: Iusto Sanchez Crespo.
- QUEVEDO Y VILLEGAS, Francisco de (1969). *Poesías*. José Manuel Blecua (ed.). Madrid: Castalia.
- RIBADENEIRA, Pedro de (1868), *Tratado de la religión y virtudes que debe tener el príncipe cristiano para gobernar sus estados... en Obras escogidas*. Vicente de la Fuente (ed.). Madrid: Ribadeneyra (Biblioteca de Autores Españoles, 60).
- RODRÍGUEZ DE LA CÁMARA, Juan (1884), *Cadera de Honor*, en *Obras*. Madrid: Sociedad de Bibliófilos Españoles.
- RODRÍGUEZ-MOÑINO, Antonio (1963), *Las series valencianas del romancero nuevo y los cancionerillos de Munich (1589-1602)*. *Notas bibliográficas*. Valencia: Institución Alfonso el Magnánimo.
- RODRÍGUEZ-MOÑINO, Antonio (ed.) (1970), *Silva de romances (Zaragoza, 1550-1551)*. Zaragoza: Ayuntamiento.
- ROJAS, Fernando de (2000), *La Celestina. Tragicomedia de Calisto y Melibea*. Francisco J. Lobera, Guillermo Serés, Paloma Díaz-Mas, Carlos Mota, Íñigo Ruiz Arzálluz y Francisco Rico (eds.). Barcelona: Crítica.
- ROMÁN MANUEL (2003), «Epístola dedicatoria a la ilustrísima señora doña Úrsula de Aragón», en Vicente Sánchez, *Lira poética*. Jesús Duce García (ed.). Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.
- ROSAS, Manuel (2009), «Dinámica poblacional del lobo (*canis lupus linnaeus*, 1758) en la zona este de la provincia de Castelló de la Plana durante los siglos XVI-XVII (1566-1624)», *Galemys*, 21:1, pp. 3-15.

- ROSAS, Manuel (2014), «Chasseurs et dynamique de population des loups dans l'Espagne des XVI^e et XVII^e siècles: l'exemple de la province de Castelló de la Plana (1566-1624)», en Jean-Marc Moriceau (ed.), *Vivre avec le loup?. Trois mille ans de conflit. Actes du symposium de Saint-Martin-Vésubie (9-12 octobre 2013)*. Paris: Éditions Tallandier, pp. 45-54.
- RUFO, Juan (1972), *Las seiscientas apotegmas y otras obras en verso*. Alberto Blecua (ed.). Madrid: Espasa Calpe.
- Sagrada Biblia* (1966). Eloíno Nácar Fuster y Alberto Colunga (trads.), Maximiliano García Cordero (revisión). Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- SANTONJA, Pedro (2001), «El tópico literario 'morir de amor' en la literatura española xv y xvi. El ciervo 'de amor herido'», *Letras de Deusto*, 90, pp. 9-59.
- SEVILLA, Isidoro de (1982), *Etimologías*. José Oroz Reta, Manuel A. Marcos Casquero, Manuel Díaz y Díaz (eds.). Madrid: Editorial Católica. (Bib. de Autores Cristianos, 433-434).
- SEPÚLVEDA, Lorenzo de (2018), *Romances nuevamente sacados de historias antiguas dela cronica de España...* Alejandro Higashi (ed.). [Edición de Anvers, Juan Steelsio, 1551], reimpresión facsimilar. México: Frente de Afirmación Hispanista.
- TASSIS Y PERALTA, Juan de, Conde de Villamediana (1990), *Poesías*. José Francisco Ruiz Casanova (ed.). Madrid: Cátedra.
- TORRE, Francisco de la (1984), *Poesía completa*. Luisa Cerrón Puga (ed.) Madrid: Cátedra.
- TRUBARAC DRAGOVIC, Djordjina (2011), *La falsa excusa del agua enturbiada por el ciervo: paralelismos ibéricos y balcánicos*. [Tesis de doctorado]. Universidad Complutense de Madrid.
- UHAGÓN, Francisco R. de, (ed.) (1890), *Diálogos de la montería*. Madrid: Sociedad de Bibliófilos Españoles.
- VALDIVIELSO, José de (1984), *Romancero espiritual*. José María Aguirre (ed.). Madrid: Espasa-Calpe (Col. Clásicos Castellanos, 228).
- VEGA CARPIO, Lope de (1980), *Arcadia*. Edwin S. Morby (ed.). Madrid: Castalia.
- VEGA CARPIO, Lope de (1988), *San Diego de Alcalá*, Thomas E. Case (ed.). Kassel: Reichenberger.
- VEGA CARPIO, Lope de (1998), *Comedias de Lope de Vega. Parte II, Volumen I*. Lleida: Milenio.
- VEGA CARPIO, Lope de (2007), *La Dragontea*. Antonio Sánchez Jiménez (ed.). Madrid: Cátedra.

- VILLAGRÁ, Gaspar (1989), *Historia de la Nueva México*. Mercedes Junquera (ed.). Madrid: Historia 16.
- VILLENA, Enrique de (1994), *Traducción y glosas de la Eneida. Libros I-III*. Pedro M. Cátedra (ed.). Madrid: Turner Libros.
- VITORIA, Baltasar de (1702), *Segunda parte del teatro de los dioses de la gentilidad*. Barcelona: Juan Pablo Martí.

Recibido: 29/11/2022

Aceptado: 17/02/2023



LA POESÍA EN CASTELLANO Y LA LITERATURA DE PIEDAD (SIGLOS XVI-XVII)

RESUMEN: En la expresión de los sentimientos, la poesía, la prosa amorosa y la literatura religiosa en general hicieron un uso muy frecuente de la imaginería relacionada con los ciervos. En su aplicación usaron los conocimientos del animal derivados de su experiencia en la caza y la vida campestre, pero resultan más eficaces todavía las informaciones culturales o librescas procedentes de la Antigüedad, la Biblia, los bestiarios y toda la tradición clásica; otras tradiciones como la lírica musical y la novela caballeresca dejaron también su huella, aunque no suelen aparecer en primer plano por su menor vinculación con el canon cultural vigente entre las clases altas y letradas.

PALABRAS CLAVE: Simbolismo. Ciervo. Poesía española. Renacimiento. Barroco. Literatura religiosa. Poesía tradicional.

CASTILIAN POETRY AND PIETY LITERATURE (16TH-17TH CENTURIES)

ABSTRACT: As expressions of sentiments, poetry, prose dealing with the topic of love and religious literature all frequently make use of imagery associated with the deer. In their applications of this imagery, they used their knowledge of the animal gained from hunting experiences, and country life, and even more importantly, from cultural or literary references since they were taken from Antiquity, the Bible, bestiaries, and the entire Classical tradition. Other traditions such as poetry set to music and chivalric romances also left their mark but only as secondary associations to the cultural canon of the upper and educated classes.

KEYWORDS: Symbolism. Deer. Spanish poetry. Renaissance. Baroque. Religious literature. Traditional poetry.